Año VII La Plata, 2ª quincena de Octubre de 1924 Núm. 129

IDEAS

Redacción y Administración
14 NUM. 1227

Suscripción mensual . . 0.20
Número suelto 0.10

PUBLICACIÓN QUINCENAL | EDITADA POR LA AGRUPACIÓN DEL MISMO NOMBRE | Administrador: Risto Stoianovich

Educación

Para unos, la educación se concreta al conocimiento de las materias instructivas que conciernen a la enseñanza elemental o superior, para otros se determina por cierta urbanidad o cortesía en las relaciones del hombre con sus semejantes, dar los "buenos días" o las "buenas tardes" según el caso, quitarse el sombrero al saludar, dar el pésame o acompañar en el sentimiento a los parientes de un difunto, ceder el asiento al sexo femenino en el tranvía y en fin, todos esos actos que se hacen por "el qué dirán", automáticamente, por rutina y cuya falta de cumplimiento pueden acarrearnos el epiteto de "mal educados".

En el diccionario de la Academia leemos: "*Educación.* — Es el arte de formar la juventud instruyéndola en lo que debe saber para conducirse en la sociedad, habituando a los niños o jóvenes a la práctica de los usos admitidos entre personas finas y cultas".

Existen personas y muy especialmente entre los maestros y maestras de las escuelas públicas, que consideran bien educados a sus alumnos dóciles, obedientes, mansos, que ejecutan resignadamente todos sus mandatos o imposiciones. (A propósito de ésta clase de interpretación del principio pedagógico que predomina en nuestro magisterio, podrían puntualizarse fácilmente los errores fundamentales de ese corriente criterio obtuso, que denominaremos dogma de obediencia).

Hay padres que consideran una educación ejemplar la que le proporcionan a sus hijos, porque de tanto en tanto le adjudican a los mismos, palizas magistrales. En cambio existen otros que sólo castigan a los suyos cuando hacen algo que les perjudica a ellos directamente.

Otros personajes ridículos atribuyen una importancia sin límites a sus amistades y sólo reservan sus atenciones para aquellos que están en una posición económica igual o superior a la de ellos. Su buen concepto de personas educadas sufriría al permitirse relaciones que estuvieran por debajo de su nivel social.

Todos estos modos de ver la educación, son los que generalmente predominan en el ambiente, ya sea entre las gentes laboriosas o adineradas, tanto entre los ricos como entre los pobres.

Pues bien, nuestro criterio educacional es bien distinto. Para nosotros la educación es más bien un factor de orden moral, que determina las acciones buenas o malas del individuo.

Es educado para el mal el que por la educación recibida obra mal, y es educado para el bien el que por la misma causa obra bien.

La buena educación no estriba, entonces, en la realización de actos que a la vista del mundo puedan aparecer como ejemplos de urbanidad, de obediencia, de cortesía o de ilustración; no, la buena educación se circunscribe a cierta grandeza de alma, alteza de miras, capacidad para el bien y sentimientos de justicia que involucran en sí, aversión al abuso, a la explotación y a la tiranía.

Poseer un alto ideal de justicia, ansiar la desaparición de una morbosidad ambiente, propender a la fraternidad humana, son para nosotros pruebas evidentes de una educación sana.

Y si observamos que el ambiente, de un egoísmo bárbaro, de un fenicismo mercantilesco, de un utilitarismo despiadado, es el que predomina en la actual sociedad capitalista, si observamos que los mediocres, que los incultos, que los educados en la falsa educación del ahorro como virtud, del premio como paga obligada a todo esfuerzo intelectual o físico, obtendremos en conclusión, que estamos muy lejos de propiciar esa educación absurda que proporciona el Estado a nuestros hijos, educación que se reduce a marcar el paso, cantar el himno y jurar a la bandera en un simulacro tan burdo como inútil.

La educación florece en obras de arte, de literatura, de filosofía. La educación, la cultura, se miden por nuestros hombres de ciencia, por nuestros escritores, por nuestros genios y maestros. ¡Y cuán pobre es la idea que nos merece la civilización burguesa por sus eminencias o sus notabilidades!

Además, existen factores fuera de la órbita escolar, que determinan el desarrollo de ese falso concepto, tan divulgado, acerca de la educación.

Uno de ellos es la hipocresía, base sin la cual la vida dentro de la sociedad burguesa, se haría imposible. Sin la hipocresía no podríamos vivir hoy, afirmarnos. La hipocresía, esa exteriorización de sentimientos que no son los que se sienten, es el telón con el cual se cubren el odio, la rapiña, el egoismo ancestral, el vicio y la corrupción en que se halla cimentada la existencia humana en nuestros días.

Se vive porque se miente, porque se es hipócrita, porque se falsean hasta los más nobles sentimientos del hombre, para prevalecer.

El cariño del hijo termina el día en que este espera la parte que le corresponde en la herencia paterna.

El noble instinto de la conservación de la especie, ha desaparecido, envuelto en el salvajismo de la explotación del hombre por el hombre.

Ya no se vive para vivir, se vive para enriquecer, aunque sea para ello necesaria la extinción de miles de nuestros semejantes.

El derecho a la vida es una solemne mentira; nadie que trabaje para otros tiene derecho a existir, ya que sus esfuerzos, sus energías, son absorbidas por esa otra gran virtud falsa: el trabajo. El trabajo dignifica, sí, dignifica cuando se hace sin interés, cuando se hace como una necesidad humana; pero embrutece, denigra, cuando se hace para aumentar el capital de los que no hacen nada, de los que no trabajan y todo lo poseen y todo lo disfrutan.

Y en las relaciones de hombre a hombre, de familia a familia, de pueblo a pueblo, reina la mentira, la falsedad, el engaño burdo; se ocultan las lacras propias y se exteriorizan las ajenas; se enaltecen los propios méritos y se rebajan los de los demás, aunque estos sean superiores.

Miente la mujer al hombre, el hijo al padre, la vecina al vecino, el gobernante al gobernado, y todo el castillo de naipes de la actividad social presente, se halla edificado sobre la base de ese gran pecado capital, la mentira.

Podríamos afirmar, sin temor a equivocarnos, que los altos principios educacionales del presente, son la hipocresía y la mentira.

Una gran reforma en el concepto educacional de las gentes, se hace necesaria. Por lo consiguiente, una transformación en los principios pedagógicos y educacionales, y esa transformación y esa reforma, es la que deseamos plantear.

Si hablamos de educación, si tratamos el problema que ha preocupado a tantos sabios y pedagogos, es porque también nosotros nos consideramos en el deber de contribuir a la obra que realizan los que ven en la transformación educacional, no sólo una cuestión pedagógica, sino una cuestión de libertad, de justicia y de fraternidad humana que están muy lejos de ser los principios egoístas de la sociedad burguesa.

El educador se halla en presencia de los problemas sociales más angustiosos de nuestra época, sin cuya solución, difícilmente podría realizar su obra.

Eduardo Morfino

Geril.

Para rectificar errores

Hablaremos de los ilegales, de los menos ladrones, de esos ladroncitos que si no roban más o de otro modo, es porque no pueden. El egoismo, el sentimiento de holganza y de bienestar material, llevan consigo a los hombres incapaces de acciones más honrosas. El ladrón es un hombre inferior; es inferior hasta el punto que un hombre pueda serlo.

Un error

Quienes dijeron que el robo está justificado, no hicieron más que expresar un error evidente, ya lo hayan hecho por vanidad o con bondadosa inocencia. Que el ladrón sea el producto de algunas circunstancias, no autoriza a pensar que el despojo deba ser norma de vida colectiva. Sería lo mismo que auspiciar el paludismo, por el mero hecho de que existan pantanos. Un razonamiento de esa naturaleza, conduciría a los más temidos absurdos y estaría necesariamente nutrido de errores. Y es de ver, empero, que algunos espíritus prevenidos, según expresas declaraciones, han creído hallar justificaciones en la interpretación de algunos textos. Pero, para decir las cosas, lo más fácil que hay en el mundo es no entender lo que se lee. En esto, todos estamos de acuerdo. Importa decir, entonces, que si un libro se ha leído con cierta prevención o ligereza, es cuestión de volver a leerlo. Pero, eso sí, reelerlo con más detenimiento y con absoluta independencia de opiniones. Así evitaremos ese curioso fenómeno, que consiste en creer que un libro dice lo que nosotros nos habíamos propuesto encontrar en él. Aunque, en verdad, no creo que la receta, tan simple, sea de fácil aplicación...

Expropiación y robo

La propiedad es un robo. De acuerdo. ¿Es la expropiación un derecho? Puede ser y puede no ser. Dada la confusión que existe a este respecto, conviene hacer algunas observaciones, asunto que nos proponemos sin pretensiones de hacer cátedra. La expropiación que se traduce en hechos de limitado aspecto y cuyo móvil no es otro que la satisfacción de una mera inclinación personal, es inadmisible como derecho y ni siquiera tiene justificación en carácter de simple error individual. Los hombres serios nunca han pensado de otro modo. Bastaría un poco de formalidad para prevenirse contra el error de creer que cualquier medio es bueno, a condición de que venga a satisfacer nuestra vanidad de opositores. No hay, pues, por qué confundir el robo con la expropiación. Esta es, por definición, la prosecución clara y precisa de una necesidad colectiva. Expropiar es reaccionar contra el despojo amoral que realizan algunos individuos, sin más derecho de pertenencia que la fuerza o la astucía puestas en juego para conseguirlo. Ese género de expropiación es un derecho. Toda otra interpretación es arbitraria.

Los "conscientes"

Estos individuos, sin otro móvil que el de justificar sus acciones más o menos crapulosas. convinieron en hablar de una cierta «expropiación consciente». No nos engañemos. Esa «expropiación consciente», que por su enunciación ingeniosa podría interpretarse como una variedad del concepto general aplicado parcialmente, en la práctica es el robo descarado. Y aunque asi no fuera, el robo «consciente» no excusa el mal que ocasiona. Por lo demás, resulta tan fácil encubrir con frases de efecto los propósitos más indignos, que no hay un solo ladrón que se considere inconsciente, o por lo menos asi lo manifiestan. Y entre ladrones «conscientes» y los que no lo son, no puede establecerse la más mínima diferencia. Los propósitos son idénticos. Luego, quedan todos, conscientes e inconscientes, incluidos en la misma categoria: ladrones.

No valen excusas

No se nos venga con la simple excusa de que la necesidad induce al robo. El caso de Valjean constituye excepción en la regla común y, a ese respecto, ni siquiera los legisladores dejaron de manifestar su relativa complacencia...

Por lo demás, es de notar que Valjean no es el hombre que se propone hacer del robo un hábito perdurable. Roba un pan para mitigar el hambre de sus sobrinos. Valjean es un hombre de extraordinaria sensibilidad, y, por eso, roba y no cree que el robo sea una profesión digna. Y frente a un Valjean, tan bueno, tan humano, tenemos, como estigma, centenares de Procustes cuyos instintos no son mejores ni peores que los del bandido ático.

El ladrón creyó encontrar en el robo un medio de vida placentera, Holgaba antes de robar; despojó a su semejante para seguir holgando. No era ajena a sus

propósitos la acumulación de dinero; pero el ambiente por un lado y el temor a la persecución, por otro, disiparan aquellas esperanzas y el ladrón cayó en el vicio, Después vivió en el vicio y siguió el *vicio* de robar. ¡Por esa única causa se saquean domicilios y, lo que tampoco es extraño, se asesina a sus moradores!

Porque ha de saberse que si el ladrón no mata en todas las ocasiones, no es precisamente porque sienta escrúpulos o remordimientos.

El ladrón está demasiado corrompido para que reúna esas condiciones, y si las reuniera, ya no sería ladrón; no robaría. Si un robo no va seguido de homicidio, o viceversa, es sencillamente por razones que llamaríamos de técnica profesional. No se hiere o no se mata por la misma razón que no se deja fuera de su lugar correspondiente, un objeto que no sea pretendido.

A cualquiera se le ocurrirá pensar que hemos puesto en juego nuestra fantasía. No sucede eso. Sólo a los chiquillos no le es dado conocer la trascendencia de sus afirmaciones. Nosotros somos mayores de edad y sabemos que escribimos para las personas de juicio. Por lo demás, para nadie debe ser sospechosa la convicción que surge de una observación personal. Cuando se está algún tiempo en la cárcel, y no inutilmente, es de presumir que se pueden decir muchas cosas. Por eso podemos afirmar que lo que hemos leído, poco o mucho, con respecto a estos aborrecibles sujetos, sólo sirve para darnos una idea aproximada a la verdad.

Un ladrón jamás juzga sus acciones y si las juzga, será desde el punto de vista de la utilidad que le producen. Nada de remordimiento; sólo guarda memoria del daño ocasionado, si es para contárselo en son de mofa a un segundo, el que aplaudirá la ocurrencia riéndose a su vez del estado de la víctima. Esta burla hasta se comprueba en el vocabulario de esta gente, pues la víctima es designada con un término que equivale a *tonto*....Si como consecuencia de un robo, o con ese fin, se le da muerte a una persona, se dirá, como única objeción, que no es... «un trabajo limpio».

El homicidio es lo de menos. Lo que importa es la "limpieza", porque la "limpieza" es la observancia de las reglas profesionales y no provoca reacción... Como se ve, la violencia no se juzga como un acto que atenta contra la vida de las personas. Por el contrario, no será la violencia un impedimento que merezca consideración, cuando la ejecución de un acto rasulte imposible con los procedimientos ordinarios...

¿Es esto expropiación? ¿Merecen ser estimulados estos hombres? ¿Es siquiera sensato decir que hay causas que determinan acciones semejantes y que son por eso excusables? ¡Y hubo, sin embargo, quién habló de una posible organización del robo! Pero, con franqueza, también se dijo que el sentido común es lo menos común que hay. Felizmente, el ladrón es insociable. Le faltan las cualidades que hacen posible la asociación. No hay vínculos morales; no hay afecto, no hay concordia. El acuerdo es transitorio, porque es únicamente para la ejecución de un hecho material. Pronto sobreviene la discordia; aparecen los sentimientos ocultos, las hostilidades, los impulsos marciales, ya sea por egoísmo, por cuestiones de competencia o por otra causa cualquiera.

Dos palabras más para los "conscientes"

Estos señores suelen tener alguna filiación política (?) De modo que, por consecuencia, parece que se han echado un programa liberal. De más está decir que la habilidad de cada uno consiste en saber violar ese programa.

El robar a los ricos es una teoría de la que no resultan efectos prácticos. La vida del ladrón, por más consciente que él pudiera ser, le impone la necesidad de robar a quien pueda. No puede preestablecer plan alguno; se proveerá de recursos del modo que las circunstancias lo determinen. Por lo demás, si esto no fuera suficiente para establecer la realidad de tan ilusivo programa, tendríamos que el ladrón, aun siendo consciente, no será por eso menos ladrón. Y el robo, es sabido, no remedia ningún mal ni mejora la condición de nadie. Conviene saberlo.

MANUEL SILVA

Resoluciones

Allá por el año 1919, hubimos de publicar en este mismo periódico, a raiz de una resolución del gremio de obreros mosaístas de La Plata, un largo suelto, del que transcribimos hoy las siguientes lineas, por el gusto de hacer notar la imparcialidad con que siempre procedimos. Ahí van las líneas.

"Compañeros mosaístas: no tanto por los cinco pesos que nos regaláis para "Ideas", ya que éste lo mismo saldría cada quince dias, porque esa es la voluntad de todos los compañeros; no tanto por eso, decimos, sino por el buen propósito, por la gran obra que os proponéis realizar, os mandamos desde aquí nuestro màs sincero aplauso."

Eso escribimos, decíamos, allá por el año 1919, con motivo de esos cinco pesos que comenzaron a regalarnos los mosaístas, contra el envio de «Ideas» a todos los obreros de ese gremio.

Ahora el gremio ha resuelto dejar de regalarnos esos pesos, y nosotros, como en el año 1919, le mandamos desde aquí nuestro más sincero aplauso, por el buen propósito, por la gran obra que acaba de realizar, contribuyendo a la salud moral de sus componentes que, si continuaban leyendo este periódico, corrían peligro de envenenarse, como todas esas solemnes personas que muñequearon la salvadora resolución de la que dejamos constancia para la historia, si es que la historia puede ocuparse de tan pequeñas, de tan pobres cosas.

——(o)——

La verdadera ley

La ley, hecha por los hombres, simboliza la limitación del desenvolvimiento individual dentro de la sociedad, el encadenamiento del individuo, a reglas creadas con el objeto de desterrar el instinto de la libre acción, el amoldamiento del hombre a los oficios del servilismo, para la subsistencia y el bienestar de la clase parasitaria, y la prolongación de todo el estado actual de cosas.

La ley no es más que un invento maravilloso de los primeros gobernantes y cimentistas de las ideas religiosas, que se valieron de ella para asegurar la sumisión de los gobernados, y el eterno temor de los creyentes.

Las obligaciones y leyes religiosas y civiles, se hallaban en la antigüedad tan intimamente enlazadas, que formaban una sola: la divina, o sea aquella que emanaba del mismo dios o de los dioses. Esta legislación teísta tenía por objeto infundir el mayor espíritu de acatamiento.

Durante miles de años, reyes, jueces y toda clase de autoridades civiles y religiosas, empuñaron el látigo de la ley, sojuzgando a los pueblos de todas las razas, en todas las épocas de la historia, para apagar la rebeldía de los hombres que se negaban a la esclavitud, que no querían gastar esfuerzos, en beneficio de los amos.

En nombre de la ley, fueron quemados en las hogueras miles de jóvenes, ancianos y mujeres, por haberse elevado sobre el nivel miserable de la época. En nombre de ella, se ha sacrificado ante el altar de los dioses, una cantidad enorme de seres humanos, sanos y robustos.

En nombre de ella, también, se cometen en nuestro siglo, en todos los lugares de la tierra, miliares de iniquidades: quitando al mancebo, pletórico de vitalidad juvenil, los mejores años de su vida para enseñarle el odio y la manera de matar a sus semejantes; empujando a millones de hombres, unos sobre los otros para que se asesinen con la mayor crueldad, sin haberse nunca visto; fijando, limitando, reglamentando las más fecundas pasiones, cooperando así a detener la vida en un punto.

⁂

En el transcurso de los siglos, se grabaron en las piedras las leyes humanas, se escribieron en los pergaminos, se imprimieron más tarde en el papel; pero nunca se pudo leer o descifrar en la naturaleza, un sólo átomo de este artificio; jamás ningún hombre descubrió en su corazón, la armonía entre las leyes humanas y sus sentimientos.

⁂

Mirad lo que está en el propio ser y en todo lo que nos rodea; haced una introspección y observad lo externo. Desde el animal unicelular hasta el hombre, desde la organización de la vida vegetal microscópica, hasta las plantas gigantescas, nada en la naturaleza se opone a la vida, al progreso y selección que en ella se opera normalmente.

¡En cambio, qué diferencia con las leyes de los hombres! Estas no hacen más que trazar senderos, poner marcos, abrir diques a cuanto tiene de fundamental la vida: torrentes de pasiones, cataratas de ensueños, auroras siempre bellas del genio de la especie.

Por suerte que ellas son frágiles y que el espíritu humano guarda siempre en su fondo el gran principio de todo progreso: la revolución, única y verdadera ley jamás escrita.

ELÍAS KIRILOVSKY.

¿PORQUE SOMOS REVOLUCIONARIOS?

Somos revolucionarios porque queremos la justicia y porque en todas partes vemos reinar la injusticia a nuestro alrededor. Es en el sentido inverso del trabajo como son distribuidos los productos del trabajo. El ocioso tiene todos los derechos, aun el de hacer pasar hambre a sus semejantes, mientras que el trabajador no tiene siempre derecho a morir de hambre en silencio: se le encarcela cuando es culpable de huelga.

Gentes que se llaman sacerdotes, tratan de hacer creer en el milagro para que les estén sometidas las inteligencias; gentes llamadas reyes, se dicen surgidas de un amo universal para ser amos a su vez; gentes armadas por ellos, cortan, sablean, fusilan a su capricho; personas de toga negra, que se dicen la justicia por excelencia, condenan al pobre, absuelven al rico, a menudo venden las condenas y las liberaciones; los comerciantes distribuyen veneno en lugar de alimento, matan en detalle en lugar de matar en gran escala y se convierten por eso en capitalistas honestos. La bolsa; he ahí el amo; y el que la posee, tiene en su poder el destino de los demás hombres. Todo eso nos parece infame y queremos cambiarlo. Contra la injusticia apelamos a la revolución.

Pero la "justicia no es más que una palabra, una convención pura", se nos dirá. "Lo que existe es el derecho de la fuerza". Y bien, si es así, no somos por eso menos revolucionarios. De dos cosas, una: o bien, la justicia es el ideal humano y en ese caso la reivindicaremos para todos o bien, sólo la fuerza gobierna las sociedades, y en ese caso usaremos la fuerza contra nuestros enemigos. O la libertad de los iguales o la ley del talión.

¿Pero por qué apresurarse? — nos dicen todos aquellos que para dispensarse de obrar ellos mismos, lo esperan todo del tiempo. La lenta evolución de las cosas les basta; la revolución les causa miedo. Entre ellos y nosotros, la historia ha pronunciado su fallo. Ningún progreso, sea parcial, sea general, se ha realizado jamás por simple evolución pacifica y se ha hecho siempre por revolución repentina. Si el trabajo de preparación se opera con lentitud en los espíritus, la realización de las ideas tiene su lugar bruscamente; la evolución se hace en el cerebro y son los brazos los que hacen la revolución.

¿Y cómo proceder a esa revolución que vemos prepararse en la sociedad y a cuyo advenimiento ayudamos con nuestros esfuerzos? ¿Es agrupándonos por cuerpos subordinados unos a otros? ¿Es constituyéndonos como el mundo de la burguesía a quien combatimos en su conjunto jerárquico, con sus amos responsables y sus inferiores irresponsables, instrumentos en las manos de un jefe? ¿Comenzaremos por abdicar para hacernos libres? No, porque somos anarquistas, es decir, hombres que quieren conservar la plena responsabilidad de sus actos, que obran en virtud de sus derechos y de sus deberes personales, que acuerdan a los seres su desenvolvimiento natural, que no tienen a nadie por amo y que no quieren ser amos de nadie.

Queremos apartarnos del cerco del Estado, no tener por encima de nosotros superiores que puedan mandarnos y poner su voluntad en lugar de la nuestra. Queremos desgarrar toda ley exterior, ateniéndonos al desenvolvimiento consciente de las leyes interiores de toda nuestra naturaleza. Al suprimir el Estado suprimimos también toda moral oficial, sabiendo que no puede haber moralidad en la obediencia a leyes incomprendidas, en una práctica de la que no trata uno de darse cuenta. No hay moral más que en la libertad. Es solo por la libertad como es posible la renovación.

Queremes conservar nuestro espíritu abierto, que se preste de antemano a todo progreso, a toda idea nueva, a toda iniciativa.

Pero, si somos anarquistas, los enemigos de todo amo, somos también comunistas internacionales, porque comprendemos que la vida es imposible sin agrupación social. Aislados, no podemos nada, mientras que por la unión íntima podremos transformar el mundo. Nos asociamos los unos a los otros como hombres libres e iguales, que trabajan en una obra común y regulamos nuestras relaciones mútuas por la justicia y la benevolencia recíprocas.

Los odios religiosos y nacionales no pueden separarnos, puesto que el estudio de la naturaleza es nuestra única religión y tenemos el mundo por patria. En cuanto a la gran causa de las ferocidades y de las bajezas, cesará de existir entre nosotros. La tierra se convertirá en propiedad colectiva; las barreras serán levantadas y en lo sucesivo el suelo, perteneciente a todos, podrá ser cultivado para satisfacción y bienestar de todos. Los productos demandados serán precisamente aquellos que la tierra puede proporcionar mejor, y la producción responderá exactamente a las necesidades, sin que se pierda nada, nunca, como en el trabajo desordenado que se hace hoy. Igualmente la distribución de todas esas riquezas entre los hombres, será quitada al explotador privado y se hará por el funcionamiento normal de la sociedad entera.

No tenemos que trazar de antemano el cuadro de la sociedad futura. Es a la acción espontánea de todos los hombres libres a quien pertenece crearla y darle su forma, por lo demás, incesantemente móvil como todos los fenómenos de la vida. Pero lo que sabemos es que toda injusticia, todo crimen de lesa majestad humana, nos encontrarán siempre en pie para combatirlos. En tanto que persista la iniquidad, nosotros, anarquistas comunistas internacionales, permaneceremos en estado de revolución.

ELISEO RECLUS

Renovarse...

Sucede a veces, después de veinte o de treinta años de lucha, que rememorando cuanto hemos hecho por el progreso de la sociedad y ante el espectáculo que nos da ella permaneciendo siempre en el mismo estado en que la hallamos al comenzar, que nos invade una especie de pesimismo o un hondo desaliento abrumador.

Entonces recordamos con obsesión continua a la porción de amigos que pelearon junto a nosotros, pasándose más tarde al adversario, con armas y bagajes; entonces también, es cuando meditamos en nuestras más virtuales y poderosas energías perdidas; y también entonces es cuando caemos en la evidencia de que nuestros robustos afanes de lucha se han aminorado, hasta el extremo de considerar a la vida en general como una estúpida paradoja amarga y lacrimosa, irredimible e indigna de nuesfra más pequeña preocupación.

Llegados a éste punto, ya no hay para nosotros, en ningún orden, sino cuestas abajo. Todos los obstáculos o los inconvenientes que antes haciannos aguzär el ingenio y redoblar en pujanzas, para vencerlos o para salvarlos, ahora nos repliegan, nos acobardan, nos tornan flacos. Y si para remate de este estado moral y psicológico que ensucia los más bellos panoramas, vivimos en un pueblo o una ciudad apáticos, baldíos, egoístas, y algunos de los que nos respetaban o nos tenían en cuenta como un ejemplo vivo de firme providad, se han convertido, por cualesquiera causa, en nuestros difamadores más activos, no hay que decir, entonces, pues es de suponerlo, que nuestro desaliento se ha de volver cada vez más y más profundo.

No es que ya no confiemos en el progreso ni que nos desanime y desespere la idea de no poder jamás alcanzar los frutos anhelados, como quien advertido de que nunca habrá de reposar a la sombra del arbolito que acaba de plantar, lo destuyera en un arranque de estúpido egoísmo. Es que veinte o treinta años no pasan inútilmente sobre una vida; es que estamos cansados y nos ha llegado la hora triste y tonta de repetirnos sin variante alguna; es que las reacciones contra lo anonadador, no son tan rápidas ni tan frecuentes ya, como en la juventud; es, en fin, que justipreciamos con ojo ciertamente avaricioso, el bello esfuerzo que hemos gastado y que otros gastan hoy, munificientes y displicentemente en toda lucha. Y por eso, cuando no nos volvemos escépticos, nos tornamos zumbones y molestos.

¿Que de extraño tiene, pues, que la gente nueva, la gente moza que ha invadido el estadio donde peleamos a duras penas, por costumbre o por amor propio nos aparta de un codazo, nos haga a un lado sin hesitaciones, y desoyendo nuestras voces de experimentados, como desoía siempre Don Quijote a Sancho Panza, atropella al adversario con la misma arrogancia, el mismo empuje y el igual coraje que lo hicimos nosotros en nuestro tiempo? ¿No por qué llamarnos a espanto cuando haciendo tabla rasa o caso omiso del respeto que nos deben como a mayores, pisa sobre nosotros con todo el peso y sin detenerse a pedirnos disculpas, sigue avante, a cubrir el obstáculo, a traspasarlo o a estrellarse contra él integramente.

∴

No lamentemos nuestra desgracia de hombres maduros, puestos al margen por la pujanza bravía de la juventud en marcha. Recordemos que también un día fuimos jóvenes y que procedimos con los maduros de entonces, con el mismo espíritu iconoclasta de los jóvenes de ahora. Pensemos que nuestra madurez, si nos ha dado la virtud del fruto en toda su sazón, nos ha quitado en cambio la del vigor de las savias exultantes y creadoras. No olvidemos que la conservación, la regla, el método, son propios de la gente que acostumbra a marchar con pies de plomo, consultar el reloj y el calendario, observar el térmómetro y mostrarse neutral antes que airada, por no comprometer su posición, sus opiniones o sus amistades. Y si no somos capaces del valor primero, de la rotundidad primera, del brío y esplendor conque nos manifestamos al hacer nuestras primeras armas, tengamos al menos el suficiente tacto para no fastidiar a los que luchan, con nuestros aires de desabridos y de..."sobrados."

Como decía Antillí, "demos la palabra a la primavera" siempre y siempre, acompañando a la juventud. Y carguemos con ésta, contra la tradición, contra toda clase de tradición, aun contra la cimentada en nuestro propio campo, a cuya sombra medran los parásitos y prospera el principio de autoridad.

Fernando del Intento

—(o)—

Nuestras publicaciones

Hoy — Ayer

He leído con mucho agrado el trabajo aparecido en el número 128 de este quincenario. el que se titula "VOLVAMOS A LO ANTIGUO". ¡Cuánta razón tenéis! Es ese el camino que debemos emprender. Si bien volver al pasado es un retroceso, en nuestro caso sería lo contrario. Hagamos un poco de historia, aunque solo sea superficialmente, y nos convenceremos de que si en realidad nuestras ideas son desinteresadas económicamente, el verdadero medio de poder continuar nuestra labor de cultura y propaganda libertaria, es empleando los métodos antiguos.

HOY nuestras publicaciones se escriben exclusivamente para ser leídas en familia; y como los defectos de ésta no deben trascender a personas ajenas a ella, es muy natural que una vez enterado de nuestras cosas, las destruyamos, a fin de evitar que los profanos se enteren de nuestras vergüenzas y así salvar a la propaganda. HOY la mayor parte de los que escriben en nuestros voceros, lo hacen en forma interesada, a fin de conservar su empleo, pues HOY son puestos que, aunque no sean bien remunerados, permiten gozar de cierta independencia que en otras partes no se podría obtener a ningún precio. ¡Piénsese bien! La burguesía no tendría con qué pagar lo que involuntariamente en su favor, hacen nuestras publicaciones desde hace ya demasiado tiempo. ¡Razonemos! Volvamos al buen sentido de una vez.

AYER, nuestras publicaciones eran exclusivamente escritas por neófitos del anarquismo; eran hechas a base de sacrificios de parte de los que las escribían como del grupo encargado de su circulación. Allí ninguno cobraba el importe de su trabajo, intelectual o manual; todos trabajaban con el mismo desinterés y entusiasmo y entre todos se complementaba la cantidad necesaria para cubrir los gastos de imprenta y correo. Nuestras hojas AYER no se destruían; todas ellas circulaban de mano en mano, como quien exhibe una joya de muchísimo valor. Los que no las *olvidaban* en los bancos de los paseos públicos, en los asientos de los tranvías o ferrocarriles, etc, las introducían en los buzones de las casas donde se creía que la idea podría encontrar tierra fecunda. ¡Cuántos convencidos hay, que sin que ninguno les hablara de nuestras ideas, las conocieron en esa forma, como también al leer periódicos que envolvían alguna compra.

"VOLVAMOS A LO ANTIGUO", pues, por ese camino y con un poco de buena voluntad de parte de todos, volverá a reinar la armonía en nuestra familia y podremos llegar al fin tan ansiado.

Solo así, unidos y fuertes; podremos triunfar.

A los buenos compañeros — que son muchos, — con capacidad suficiente para desorrollar y ampliar este tema que dejo incompleto por incapacidad, encomiendo este trabajo que es de suma necesidad.

Bautista Fuevo

Buenos Aires, 11/12/924.

Juicios

Indudablemente, dependemos poco o mucho, del juicio ajeno. Y no en vano hase dicho: "del enemigo el consejo," como queriendo advertir con ello que de nuestros contrarios más decididos, hay que tener en cuenta sus palabras, si no para seguirlas al pié de la letra, al menos para no ignorarlas.

Todo, tanto el pícaro como el honrado, así el que defiende intereses creados como el que no tiene nada que defender, queremos que cuantos nos conozcan de cerca o de lejos, tengan un buen concepto de nosotros. Sin embargo, no por esto debe preocuparnos sistemáticamente, lo que los demás piensen de nosotros. Sería caer en la más tonta de las dependencias. En tal sentido, la mujer es una víctima perpetua.

En esto del depender del juicio ajeno, deben también tenerse presente los valores o las virtudes de los que nos juzgan, porque no es cuestión de que, para gozar de un buen concepto o de una buena reputación, nos veremos obligados a seguir todas las rutas que los demás nos indiquen, pues correríamos el albur de no llegar a ser nunca otra cosa que una miserable resaca sujetos a los vaivenes de las mareas y de las corrientes.

Sí; hagamos siempre memoria del consejo del enemigo, para extraer de él, a su debido tiempo, cuanto pueda sernos de alguna utilidad; pero no nos olvidemos nunca de nuestra propia experiencia, ni despreciemos tampoco los juicios de nuestra conciencia. y cuando alguien — hombre o reunión de hombres, —nos descalifique por tal causa o cuál motivo, veamos primeramente, antes de darnos por muertos, que clase de intereses defiende el descalificador, cuáles son sus virtudes, cuál su vida pública y privada de tanta limpieza, de tan admirable probidad, como para tener derecho a caer sobre la conducta ajena, con su dedo rígido o su puntero enhiesto de dios airado, de dómine acusador.

Porque en verdad, acaese que el sinvergüenza, como el sucio, como el corrompido, suelen apresurarse a dictar sentencia para ponerse a resguardo de ella, temerosos de ser descubiertos ante la misma miopía de los cándidos a quienes sugestionaran de mil distintos modos, y perder la pitanza y demás intereses subalternos que, para despistar, defienden ellos en nombre de una virtud o de un ideal cualquiera.

YO y el trabajo

En distintas ocasiones he sido acusado de ser enemigo del trabajo: por los patrones, por los *usistas* y últimamente por.... (1) El título, pues, lo tengo archirefrendado por las autoridades competentes; no me queda, por lo tanto, más que defenderme. No necesito pruebas del cargo; las voy a dar yo mismo.

Naturalmente que no es de maestros de escuela ni de moralistas el predicar la inapetencia al trabajo; pero, yo, que no soy ni moralista ni maestro de escuela; yo, que conozco el trabajo, puedo manifestar, aun en contra de toda esa morralla que mienten, que la virtud no está en el trabajo precisamente, sino en el simple decir que el trabajo es una virtud, oficio de todos los que huyen. Al moralista, efectivamente, le es tan imprescindible el predicar el amor al trabajo como a mí el trabajar, que cordialmente lo odio. Dicho de otro modo: para el moralista la cuestión no está en trabajar, sino en hacer que los demás trabajen para él. ¿Entiendes Fabio?

Si a mí no me gusta el trabajo es porque lo conozco en sus múltiples aspectos ¿Pero por qué tanto empeño en que ha de gustarme? ¿Que te importa a ti, Fabio, el que me guste o deje de gustarme? ¡Yo proclamo muy principalmente el derecho a mis gustos! Vayan en paz los trabajadores a levantar pirámides y murallas chinas!

Si a mí no me gusta el trabajo ¿que? ¡Tampoco me gusta la ensalada, ni el zapallo, ni las patatas! ¿Y que? Si tú Fabio, estás convencido de que el trabajo es una virtud, trabaja en silencio; y si te puedes convencer a ti mismo de que la escarola es otra virtud, y otra virtud el zapallo, y otra la patata, como escarolas, zapallos y patatas, serás más virtuoso que el mismísimo Sócrates.

Ciertamente, tienen razón mis impugnadores; en el taller jamás realicé trabajo como el patrón quisiera, y en el sindicato luché siempre por reducir el horario. Ni la maldición de dios ni los sendos discursos de los economistas, que enseñan que para enriquecer a las naciones es menester que los obreros produzcan más y consuman menos, han podido convencerme. De esta tendencia he deducido que el hombre es un animal vago. Lo deduje con el mismo derecho que Aristóteles dedujo de la relación con su clientela de boticario, que el hombre es un animal político. Y ahora que cité a Aristóteles, me viene a la memoria el peripaterismo, que podría definirse así: el vaguismo elevado a la dignidad de su método filosófico, pues un vago no es ni más ni menos que un peripatéreo; y peripatéticos fueron Platón, Aristóteles, Cicerón, Demóstenes...

Contra pereza diligencia ¿verdad? No en valde soy anticristiano, yo que pienso que contra pereza no puede haber nada justo. Yo quito la virtud del trabajo y la pongo en la ociosidad. ¡Que viva el que quiera y pueda en ese constante traqueteo solo digno de la más miserable especie de hormigas! No puedo comprender a esos que suelen decir: «Estoy cansado de no hacer nada», yo confieso que jamás me he cansado y si me *cansara*, me pondría a *descansar*. Porque hay que ver; habrá ideales bellos para la vida y la muerte, pero ninguno él del *dolce far niente* para aquella, y el bendito Nirvana para ésta.

Bien que la vida es trabajo y el trabajo pena, acepto también que no sea dable a todos el huirle, pero si yo, contra esa maldición de la vida, pudiera vivir sin trabajar, esto es, sin sufrir ¿por que los demás habrían de forzarse para que yo sufriera también? ¿Decís que la vida es trabajo? ¡Pesimistas! Tomad el ejemplo de mi y veréis que es vagancia o peripaterismo.

Pero no tengo ningún interés en convencer a mis impugnadores, patrones,usistas y amigotes de (2), de las excelencias de la vagancia. Habría el peligro de que si convenciera a todos esos trabajadores, no se realizaran más istmos, más ferrocarriles, más pirámides faraónicas y más túneles submarinos! Si para ellos la vida es trabajar, que trabajen gustosos. Para mí es puro peripaterismo, y vagaré cuanto pueda; mientras que, siempre que tenga que trabajar, lo haré protestando y pensando en los muchos que tienen que vivir derrochando para de mi hayan podido hacer un camello, un buey o una miserable hormiga. Porque, desgraciadamente, ¡muy desgraciadamente! a mí no me gusta el trabajo como a Sócrates la sicuta, como a Cristo la cruz; mas como ellos, me es forzoso apurar aquella hasta las heces y llevar esto hasta la agonía. Pues el trabajo es eso: cicuta y cruz.

Teófilo Dúctil

---

(1) Aquí el autor ha puesto dos nombres—el de un ex delator de compañeros y el de una publicación muy sucia,—nombres que por una repelencia hemos tachado.

(2) Aquí otra vez el nombre de la publicación de marras. *Notas de "Ideas"*

La vida amarga

Todos, cuando niños, tuvimos limpias horas de felicidad, horas de hogar, de pureza.

∴

Lenguas con llagas sifilíticas; piernas con bailoteo menudo; caras con muecas de futuros orates paralíticos: como peces podridos nadan en este mar de la música de placer y de pena.

Como una vaca empastada que alza en el dolor su trompa hacia el cielo, una mujer—la borracha,—levanta angustiosa la boca. Quiere pararse. Empieza a tambalear en dirección al excusado, cuando un borracho la de un manotazo y la sienta en sus piernas.

La mujer echa cerveza y sangre sobre el pecho del borracho.

El borracho le da una bofetada en la boca y la tumba ensangrentada en el húmedo suelo con aserrín, bajo una mesa.

. . . .

Como en un grito, mi alma pide más luz...

Y entre la bruma fría de la noche, a la vuelta de esta calle, me he encontrado con la luna.

Como una perla, como una lámpara de arco voltaico, como el ojo débil de un enfermo, empieza a brillar junto al sombrero viejo de un tejado.

∴

Todos, cuando niños, tuvimos limpias horas de felicidad, horas de hogar, de pureza....

Rafael Coronel

—(o)—

Los pobres de espíritu

No hay felicidad posible ni moral ni material, sin el conocimiento.

Las palabras del Evangelio: "Bienaventurados los pobres de espíritu", son la más espantosa de las falsedades, que por espacio de siglos ha tenido a la humanidad en un pantano de miseria y servidumbre. ¡No, no. Los pobres de espíritu son forsozamente rebaño, carne de esclavitud y dolor! Mientras haya multitudes de pobres de espíritu habrá multitudes de miserables, de bestias de carga explotadas y devoradas por una ínfima minoría de ladrones y bandoleros.

Llegará día en que haya una humanidad feliz, que será una humanidad que sepa y quiera. Hay que librar del pesimismo de la Biblia al mundo, amedrentado y abrumado desde dos mil años ha, viviendo para la muerte; pues no hay cosa tan caduca ni tan mortalmente peligrosa como el viejo Evangelio semita, aplicado todavía como único Código moral y social. ¡Bienaventurados los inteligentes, los hombres de voluntad y de acción, porque de ellos será el reino de la tierra!

Emilio Zola

Gajes del oficio

Hoy, Octubre 8, acabo de recibir la carta que a continuación transcribo. Por ello comprenderá el lector, cuál es el mayor mal de los males, sobre todo en este oficio de escribir.

He aquí la carta: «Camarada del Intento: Termino de leer "Ideas" y créame amargóme un algo su nota innecesaria al pie de mi artículo. Ha procedido usted conmigo, con mucho ensañamiento y deslealtad de compañero. Su nota al pie de mi artículo demuestra con sobrada elocuencia que es usted un perfecto bilioso.

«¿No recibió una carta mía en la cual le explicaba que publicara solamente los últimos cinco párrafos de mi artículo y no íntegro como usted lo hizo, quizá para deleitarse con fruición en el *revolcón*? Esa carta se la envié contestando una suya que acusaba recibo de mi artículo.

«En estas líneas debía tratarlo de distinta manera por su deslealtad, pero me es doloroso amargarle más el espíritu...

«Y nada más. Termino diciéndole que ha interpretado usted mis pensamientos inclusive la palabra *juramentándose*, bajo un prisma excesivamente antojadizo.

José Cardella»

Cardella se ha enojado por mi respuesta a su artículo "Organización y Asociación", publicado en el número anterior de este periódico, y ofuscado por su enojo me envía la impertinente carta que acabo de transcribir. Esto es mucho más fácil que responder o ponerse de acuerdo.

Cuando Cardella me envió su artículo, le rogué en carta privada que desistiera de su publicación y fundé mi ruego en una punta de razones con las que pensé convencerlo de inmediato. Entre otras cosas, le decía que me vería obligado a ponerle notas o llamadas a su artículo, que no serían más que una repetición de lo que escribiera un poco antes, lo que me disgustaría hacerlo por no caer precisamente en esas repeticiones. Cardella insistió, pidiéndome la publicación de los últimos párrafos, y yo, viendo que ellos carecían de sentido sino aparecían con los que les preceden, (como puede comprobarlo el que torne a leerlos) y pareciéndome mejor, más recto y más correcto publicar completamente el pensamiento de Cardella, llevé a las cajas todo su artículo, del cual saqué tan solo una referencia al primero que yo escribiera, que ya no tenía importancia por haber quedado aclarada con anterioridad.

Si he publicado todo el pensamiento de Cardella, si no lo he adulterado en nada, si ya había advertido que le pondría notas, como era lógico que lo hiciera y muy sensato esperarlo y sobre todo, las notas de algún valor que puse, fueron las que respondían precisamente a los "últimos cinco párrafos", ¿dónde está mi deslealtad?

Por lo que se ve, Cardella es un pésimo escritor: no sabe usar las palabras para sus pensamientos; ignora lo que significa ser desleal.

En cuanto a lo de bilioso, reconozco que lo soy, pero Cardella no puede haberlo deducido de mis notas a su artículo, en todo lo referente al mismo, y si lo ha deducido, es porque tampoco sabe Cardella lo que significa ser bilioso, aunque si sabe, porque se lo he dicho en carta algunas veces, quiénes son los que causan mi biliosidad.

En fin, Cardella debía tratarme de otro modo, pero no lo hace por no cansarse el dolor de amargarme más la vida, lo que significa que me estima un poco y me pone en la obligación de agradecércelo.

Gracias, pues exelente Cardella, y perdone a mí "deslealtad" la publicación de su carta, que no he podido guardar sigilosamente, por culpa de mi inveterada costumbre de proceder a puertas abiertas, que tantos dolores de cabeza me ha traído siempre.

F. del Intento

De la democracia y la dictadura

Chile Militarista

Estamos asistiendo a la descomposición inevitable de lo que se ha dado en llamar ideales de la Democracia.

La Democracia, como avanzada ideal de organización política y social ha fracasado ya para sus mismos gestores, e impotentes para solucionar los graves problemas que ha traído, impregnados aun con todo el hedor de las miasmas nauseabundas de millones de seres asesinados bárbaramente entre si — la horrible tragedia guerrera de la pasada conflagración,—se dejan desplazar por las vergonzantes dictaduras que ha presenciado este siglo de la Gran Revolución Rusa.

La Democracia, gobierno del pueblo en el imperio, en la monarquía, en la república y llevada a su más completa manifestación en la Rusia sovietista,—ha fracasado como gobierno ideal del pueblo, porque no ha interesado nunca al pueblo ni podía interesarlo tampoco. Por eso no opone la más mínima resistencia a la Dictadura (excepción hecha de las pequeñas fracciones revolucionarias) siempre que esta no tome los caracteres de guerra civil que tomó en Italia con el fascismo o en períodos de intensa revolución como en Rusia, la acepta como una fatalidad propia de los tiempos, anulada su voluntad por muchos años de gobieno representativo. Tardó más tiempo en aceptar la inutilidad del gobierno absoluto del rey y del emperador, por la creencia en el origen divino que de ellos se tenía, que en abandonar los pretendidos ideales de democracia que los políticos más liberales han elaborado para sus fines de predominio, idénticos en muchos casos a los del gobierno del rey o del emperador, aunque con visos de mayor legalidad; esto es, han hecho de la ley el reinado, el imperio, y hecho creer a los pueblos—y aun lo crean algunos—que ellos eran los que por su intermedio hacían las leyes que representan su voluntad omnímoda y soberana.

La Democracia no podía entonces interesar al pueblo, porque era o es simplemente una creencia y no un ideal conscientemente humano. Es así que algunos pueblos han sufrido el desencanto decepcionador, en la creencia democrática, al igual que aquel creyente enfermo del cuerpo y del alma, que postrado al pie de un crucifijo espera impaciente la felicidad anhelada y termina por suicidarse lentamente si no llega a vislumbrar un motivo ideal de vida, en toda su atrayente belleza. De esta manera es como nos explicamos lo que nos dice Victor Yañez, de Chile, con todo el dolor de un hombre de espíritu libre e independiente, que en medio de la indiferencia general, ve alzarse la dictadura de la más odiosa de las castas: *"Los acontecimientos se han ido desarrollando ante la más pasmosa frialdad e indiferencia colectivas. El fatalismo singular y doloroso, propios a un pueblo como este, abatido por todas las abyecciones imaginables, debia llevarle a mirar el golpe militarista como algo natural y fuera de todo hecho extraordinario, imposible de captar su atención y violentar su estado anímico."*

¡He ahi cómo un pueblo acepta con la más estúpida pasividad las represiones más terribles.

Ayer, en España, donde el golpe militarista dió vida a la dictadura del Directorio de Primo de Rivera, y hoy en Chile, república democrática y americana, gobernada anteriormente por la política obrerista de un presidente elevado al poder por sus mentidas promesas de bienestar para la clase trabajadora; pero en España, la oposición y la resistencia se hizo sentir con mayor intensidad que en los tiempos de normalidad burguesa, aunque el "director" trata de estrangularla con la muerte y el destierro.

Frente a estos hechos de perpetua reacción en Europa, y por demás sintomático en América, reafirmemos nuestros ideales anarquistas, en la seguridad que solamente ellos trabajan en el seno del pueblo valores nuevos, elevando a los hombres a la más alta expresión de su personalidad: la libertad, elaborada sobre la base de la destrucción de los lazos morales que lo unen al estado actual de vida.

Como ayer, como siempre que hemos sentido en nuestro corazón el punzaso lacerante de una injusticia, acudamos hoy con toda la savia vivificante de nuestas ideas, en ayuda del pueblo chileno, para evitar su propio suicidio, dándole la visión de un nuevo motivo ideal de vida en toda su atrayente belleza. ¡Vigor y esperanza en un mundo completamente nuevo, forjado al calor de las propias rebeldías!

O. PERALTA

Evangelisto Teves

Nuestra plácida y solemne ciudad de La Plata, estuvo a punto, el otro día, de sufrir un síncope ventral. Fué a raíz de la fuga del compañero Teves, cuya puso en conmoción a nuestros más tranquilos convecinos.

¡Teves fugado! ¡Horror! Y la caza del hombre se organizó como el miedo le dió a entender a cada uno, comenzando por la policía que, poseída de espanto, no atinó a destacar hacia ningún punto a sus sabuesos de uniforme.

Pero por fin el hombre fué copado, gracias, como es natural, no a la perspicacia policial sino a la alcahuetería de un imbécil carnicero.

Desde entonces la ciudad descansa tranquila. Presa la fiera, aherrojada en un calabozo, ya nadie teme más nada. El pavor ha desaparecido y nuestros «respetables» convecinos leen los diarios y cuchichean, comentando la fuga.

Por los diarios se ha enterado todo el mundo de los horrendos antecedentes del compañero Teves. Los diarios tienen esa misión: contar, alcahuetear, intrigar, —tres verbos que ellos traducen por informar. Esto no sería nada o casi nada, si ya en tren de informaciones, le dieran a su público toda la verdad. ¿Pero la verdad en la pluma de un periodista burgués? ¡Fuera demasiado digno para un ente de tan pésima probidad!

Y es así como nuestros «respetables» convecinos ignoran hasta hoy que a Teves lo apalearon bárbaramente en la comisaria 5ª, por tres veces consecutivas, para hacerlo «cantar» y lo tuvieron tres días sin darle pan ni agua. ¡Y sólo dejaron de martirizarlo cuando se convencieron (¡los cafres!) de que quedaba en condiciones de morir. ¡Cobardes!

Pero no murió, ni «cantó», ni es cierto tampoco que fuera sacado de su encierro para la reconstrucción del hecho. No estaba Teves en situación como para eso, ni se atrevieron sus infames apaleadores a sacarlo. Y ahora se halla en el Departamento de Policía, donde es fama que de allí nadie se escapa sin «cantar».

¿Qué dicen de todo esto nuestros convecinos que tantas lenguas se hicieron ante la lectura de los antecedentes de Evangelisto Teves? ¿Qué nombre merecen esos infames actos de delincuencia policial? ¿De qué raza, de qué especie más ruin son esos apaleadores policiales de gentes indefensas? ¿Qué clase de mujer pudo parir monstruo de esa naturaleza?

Nadie, es seguro, responderá a nuestras preguntas. A este respecto, todos guardarán el mismo silencio que los diarios alcahuetes. Y sobre los lomos de Teves se cebará la barbarie, escribiendo otra página más de ignominia a fuerza de gomazos, de hambre, de insomnio y sed. ¡Ignominia y barbarie que los anarquistas tenemos que vengar!

Crisis Sindical

Se habla mucho de sindicalismo, atribuyéndosele virtudes de ensalmo. Es el caso forzoso de repetirse anarquicamente sobre el asunto, hacer valer en toda su acepción la influencia del anarquismo sobre la simple laboración gremial.

Este y aquel trabajador, estos y aquellos otros se reúnen sindicalmente, y las cotizaciones circulan como acciones bancarias. La fuerza de un sindicato generalmente se juzga por sus carnets, que es como apreciar los hombres por sus medios pecuniarios. Hoy o mañana aparecen en primera línea un par de trabajadores más o menos arriesgados que los demás, o tal vez audaces, saturados de un poco de "ismo", y el resto sindical, débil en conciencia como fuertes en cotizaciones, los sigue hacia donde ellos le conducen. Igual cosa sucede con un par de socialistas, comunistas o anarquistas: el método no difiere cuando por encima de las ideas colocan la razón estrecha del sindicalismo.

Los trabajadores no cambian con un título revolucionario. Pueden pertenecer hoy a esta federación regional, mañana a la izquierda o derecha, y, víctimas de un marco más o menos fuerte, el resultado será que han cambiado de título exterior, y no de contenido substancial. Para mejor claridad; en el sindicato no se les mostró la realidad social tal cual era y el modo de transformación, no se les acostumbró a vivir sin amos y se les privó muchas veces de libertad de reunión y expresión, no se les educó con ideas sinó con un ambiente de personalismos y calumnias sin término, no se les dió esperanzas de porvenir y aspiraciones mejores, sinó el pesimismo de luchas fracasadas y el florecer malsano del encono.

Ante el resultado poco edificante y tranquilizador que el sindicalismo presenta, el anarquista y todo obrero sensato se pregunta: ¿puede tener una virtud revolucionaria la lucha sindical?. ¿Es culpable el sindicalismo ante el presente cuadro desolador de las organizaciones obreras? ¿El mar es responsable de sus olas?

He aquí la respuesta anárquica. El sindicalismo ha sido siempre un medio de acción obrera contra los explotadores del régimen. Por si mismo, no tiene ideas: es amorfo. Las ideas se las entregan los hombres que actúan en el sindicalismo. De la mayor afluencia anarquista en un sindicato, depende su orientación libertaria, siempre que los anarquistas se preocupen de sembrar su ideología en el terreno árido, a veces, del proletariado. Cultivar de modo intensivo, abonando el suelo si por naturaleza es reaccio al cultivo: he ahí el sentido anarquista.

Y sobre todo, esta gran verdad por delante en la lucha cotidiana: *el hombre es el eje motor de la idea*. Con ostentar una idea como título o blasón honorífico, al frente del individuo o de la organizaciòn de individuos (sociedad, agrupación, colectividad) no se hace absolutamente nada. Aunque el frente carezca de título, y el pozo esté lleno de agua clara de comunidad, y convencimiento, la obra sería agradable y beneficiosa.

Preocupémonos de la pulpa carnosa y jugosa, no del pellejo coloreado. Mientras este finge lozanía y frescura, la pulpa suele estar plagada de gusanos. Bajo la pobre apariencia del pellejo, la carne frutal es una promesa efectiva.

El sindicalismo es un molde demasiado frío. Anarquistas en el sindicato, revolucionarios en instantes de responsabilidad, penetran de su calor la frialdad desesperante del molde.

Neutralizar es anular. Más que neutros conocemos camaradas que hasta adquirieron relieves de autoridad, ejercida al frente de instituciones sindicales. En tal situación les hundió una crisis moral que el sindicalismo recogió rapidamente, por su terreno adaptable al renunciamiento. Esta especie de cefalalgia sindical, marco de crisis, impide esclarecer ideas, doctrinas y orientaciones. Se niega lo que no está con la impotencia libertaria de los neutralizados, y se tribunaliza desde la suprema corte de justicia de los consejos. Autoridad nueva y risible.

Una reacción sana contra el mal, solo puede obtener la decidida cooperación de los anarquistas. Bástenos hoy cooperar en la obra depurativa, y reivindicar en el momento de crisis sindical la potente vitalidad del anarquismo, como doctrina de combate y afirmación de futuro en el seno del sindicalismo y en cualquier actividad humana.

E. ROQUÉ.

Pérdidas

Recordamos haber leído cuando éramos muy niños, un cuento que entonces no alcanzamos a comprender. Se refería a un tal Don Felipón Nolamas, propietario de un gran burro al que todas las mañanas uncía a su carro de vendedor ambulante.

Un día, al ir a uncirlo se halló con que se lo habían robado. Entonces Don Felipón, presa del desespero más desopilante, comenzó a exclamar a grito herido; «¡¡Me han desburrado, me han desburrado!!» Y a todo el mundo le contó su pena.

Este cuento puede aplicarse a nuestro caso de descalificados por el *proletariado* regional. Desde que nos sucedió esta gran desgracia, hemos perdido unos cuantos colaboradores que escribían gracias a nuestra pluma de "intelectuales fracasados".

Ciertamente, hoy podemos gritar como Nolamas: ¡Nos han desburrado!

Amigos de Argonauta

Ponemos en conocimiento de los camaradas poseedores de números de la rifa puesta en circulación por esta Agrupación, que los números premiados son los siguientes:

Premios: 1º al 10º, respectivamente Nos: 7769, 8777, 6822, 3862, 4811, 5957, 4413, 0005, 3548, 6050.

Retirarlos en nuestra secretaría, Paraná 134.

El Secretario

Administrativas

Recibimos las siguientes cantidades:

Avellaneda.— Sub Comité "La Antorcha" por int. de la idem 4.00.

Armstrong.— A. Souza 7.00, J. Giudici 3.00.

Buenos Aires.— J. Ghiggia 1.00, S. Squitieri 5.00, C. Reyes 1.20, A. Lopez 5.00 todos por int. de "La Antorcha", E. García 1.00, M. A. Angueira 1.30.

Berazategui.— L. Comas 5.00 por int. de "La Antorcha".

Gral. Madariaga.— E. Beneitez 3.00.

Ingo. White.— G. Della Nina 1.00, L. Rodriguez 8.30 por int. de "La Antorcha".

La Plata.— J. Villarreal 1.00, Juan Pesce 2.00, Soc. Obreros Mosaistas 20.00, A. Fernandez 2.00, J. Speroni 1.00.

Mendoza.— A. Parra 0.60, J. Rodriguez 0.60, F. Faragasso 3.10, R. Crusatti 0.10, J. García 0.60.

Rafaela.— J. Ortega 3.00, J. del Río 1.00, por int. de "La Antorcha".

Rosario.— E. Llanes 9.00, J. García 3.00, por int. de "La Antorcha", B. Girola 2.00, P. Gimeno 2.00, R. S. Gorosito 2.00, I. Barbosa 0.20, I. Abentin 1.00, J. Olcese 5.00, S. Opizzo 12.00, J. Marquez 1.00, J. Galindo 1.00.

Rodeo de la Cruz.— A. Ignacio 2.20.

San Pedro.— S. Badía 1.60 por int. de "La Antorcha".

San Martin.— S. Tirabassi 2.00 por int. de idem.

Saenz Peña.— T. Rubio 1.00 por int. de idem.

Villa Cañás.— J. Canovi 12.30 por int. de idem.

Total de entradas 138.10

Salidas.— Impresión de este número (1.900 ejemplares) 20.00. Franqueo, correspondencia y certificados 8.00. Para nuestra plana 50.00. Total de salidas 78.00.

Remanente del número anterior 72.62, más 138.10 de entradas son 210.72, menos 78.00 de salidas, quedan para el siguiente número:

$132.72

PARA NUESTRA PLANA

La Plata.— José Villarreal 1.00, "Ideas" 50.00. *Gral Madariaga.*— Eusebio Beneitez 2.00. *Berazategui.*— Laurentino Comas 1.00.

SUMA ANTERIOR 227.45. SUMA ACTUAL 281.45

PARA COMITÉ PRO PRESOS DE LA PLATA

La Plata.— Antonio Fernandez 2.00.

PARA "LA ANTORCHA"

Rosario.— J. Olcese 5.00

PARA "BRAZO Y CEREBRO"

Armstrong.— José Giudici 5.00.

PARA "L'AVVENIRE"

Armstrong.— José Giudici 5.00.

PARA GRUPO "EL SEMBRADOR"

Mendoza.— Francisco Faragasso 2.50 por folletos "La Falsa Redención".

Correo de "Ideas"

JOSÉ BERNABÉ, *Bigand.*—No vamos a publicar su artículo "De paseo". Ya hemos dicho que queremos volver a lo antiguo, a los temas de doctrina y literatura para la propaganda, sin preocuparnos más de esas instituciones que Vd. nombra ni de los alevosos que parasitean a su sombra. No queremos saber más nada con gente de envergadura peor que la policial, a juzgar por sus actos y otras yerbas. Déjelos pues que se chupen y se disfruten sus santísimas instituciones y que sigan "bolaceando" hasta lo infinito. Y cuídese de día y eche fuertes cerrojos a sus puertas, de noche, porque esos "perezmillanescos", son capaces de asesinarlo por la espalda o durante el sueño. Escriba sobre otro tema y sobre todo, evite el hacerlo en diálogo, pues casi siempre, aunque no nos lo hayamos propuesto, solemos poner en boca del personaje de nuestra simpatía, los mejores argumentos, nuestras propias opiniones, sin hacerle decir al adversario nada pasable, nada fundamental. ¿Qué hacemos, entonces, con su artículo?

F. CACHI, *Tucumán.* — Carecíamos del material pedido, por eso no enviamos.

RODOLFO NESA, *Villa Maria.* — Traduciremos lo suyo y se publicará.

CIRILO LACOMA, *Ing. White.* — Mande su dirección para apuntarlo. En cuanto a fenómenos, ni nos los nombre. Por aquí también tenemos algunos que, aunque obtusos, son buenos padres de familia y amantes esposos.

ERASMO D VIVANCO, *Perú.* — No se le ha suspendido ni se le suspenderá. No llegaron los dos números del periódico ni tampoco el de "El Sol".

RODOLFO LONE, *Norte América.* — Recibimos mucho más, pero no se nos dió detalle: la casa esa está reñida con nosotros, como Vd. no ignora, y cualquier menudencia le es útil para hacernos sentir su poderío. Suponemos que en la cantidad que nos entregó estará incluida la suya y en tal suposición haremos la anotación a su nombre. En cuanto al "algo" que pide, va por otro conducto.

ANTONIO MARÌ, *España.* — Va carta y periódicos.